

Psicoterapia versus terapia de la interacción: Una contradicción irreducible

Jorge Colapinto

Trabajo presentado en el I Symposium de la Asociación Vasca de Psicoterapias Dinámica y Sistémica (San Sebastián, 1995)

Desde que la aparición de las terapias de sistemas interaccionales vino a disputar la hegemonía de la psicoterapia como camino hacia la salud mental, se vienen discutiendo los méritos relativos de estos dos enfoques.

La discusión reconoce varias etapas. En una primera etapa, que llamaré insurreccional, los terapeutas de sistemas cuestionaron la necesidad de considerar la dinámica psíquica del individuo en la terapia. Sostuvieron que era posible tratar al individuo como una caja negra, cuyo contenido se ignora pero de todos modos es irrelevante porque basta con abstraer reglas de conexión entre lo que entra y lo que sale, o como un punto de dimensión cero, incluido en un diagrama de conexiones interpersonales. Jay Haley escribió alguna vez que si uno se toma el paradigma sistémico en serio, entonces el individuo desaparece; las emociones, por ejemplo, no serían la expresión de un núcleo profundo del individuo, sino una respuesta a situaciones sociales.

En una segunda etapa, que llamaré de acercamiento recíproco, algunos psicoterapeutas individuales ensayaron ampliaciones del pensamiento psicodinámico, para incluir un reconocimiento de los factores de contexto, mientras que algunos terapeutas de sistemas intentaron incluir la dimensión psicodinámica en sus tratamientos.

Finalmente, en una tercera etapa este acercamiento recíproco resultó en intentos de terapias eclécticas o integradas, que incluyen elementos del enfoque psicodinámico y elementos del enfoque sistémico.

La posición que voy a presentar hoy es que hay contradicciones irreducibles entre la estrategia psicodinámica y la estrategia sistémica, contradicciones que hacen muy difícil la integración efectiva de estas estrategias en una sola práctica clínica. Comenzaré mi presentación relatando tres situaciones, ocurridas en distintos momentos y lugares.

La primera tuvo lugar hace algunos años en la Argentina, y consistió en un panel donde se discutió un caso desde la perspectiva de diversos enfoques terapéuticos. Los organizadores del panel, con buen criterio, decidieron no presentar un caso clínico, porque comprendieron que cualquier caso vendría ya contaminado por la orientación teórica de quien lo hubiera tratado. En cambio, pidieron a los panelistas que leyeran la obra teatral de Arthur Miller, *La muerte de un viajante*, y presentaran cómo hubiera intervenido cada uno, de haber tenido la oportunidad de hacerlo, para evitar el suicidio de Willy Loman, el personaje central de la obra.

Como participante en ese panel, mi respuesta a la pregunta de los organizadores fue que yo hubiera tratado de dar más espacio en la familia a Linda, la esposa de Willy. Lo que yo vi en la obra fue que Linda, por omisión, a través de su silencio y su evitación de conflicto, le dejaba mucho espacio a Willy para que este continuara vestido exclusivamente en sus soliloquios, que eran conversaciones delirantes con Ben, su hermano muerto. Yo le pediría a Linda que no siguiera cediendo tanto lugar a los soliloquios de Willy, y que en cambio lo invitara a un diálogo, incluso que exigiera un diálogo.

En respuesta, un psicoanalista en el panel me tildó de ingenuo. Desde el punto de vista del psicoanalista, Willy estaba encerrado en una relación exclusiva con un objeto interno enloquecedor, representado por su alucinación de Ben, que le impedía mantener una relación a

nivel de realidad con Linda. En vista de esta estructura psicótica de Willy, sostuvo mi colega, mis intentos de producir una mejoría a través de un cambio en la actitud de Linda hubieran estado destinados al fracaso.

La segunda situación tuvo lugar en Estados Unidos hace unos meses. Una psicoterapeuta me pidió una consulta con la familia de una de sus pacientes, una mujer recientemente separada de su marido, y a quien las autoridades del estado estaban por quitarle la custodia de sus dos hijos, debido a las condiciones calamitosas de su casa: pilas de ropa sin lavar, cañerías rotas en el baño, excrementos de animales domésticos por todas partes. La psicoterapeuta, que había estado trabajando a solas con su paciente, interpretaba el desorden en la casa como una proyección de los objetos internos dañados de la mujer, y esta proyección, a su vez, como la manera en que esta mujer manejaba la ansiedad resultante de la herida narcisista abierta por el abandono de su marido.

En la entrevista familiar, a la que fue convocado el padre separado, yo vi algo distinto. Explorando incidentes recientes en la vida de la familia, encontré que desde que el marido y padre había dejado el hogar, se habían producido varios incidentes que reflejaban una pauta común. Primero, algo ocurría entre la madre y alguno de los hijos, que atraía la intervención de alguna instancia externa. Por ejemplo, la madre llevaba al hijo varón a la sala de emergencia del hospital local, porque el chico mostraba lo que a juicio de la madre eran comportamientos suicidas. O bien los chicos iban a la escuela con ropas sucias y despidiendo mal olor, y las autoridades escolares daban aviso a las autoridades de protección a la minoridad, que iniciaban una investigación.

El segundo acto en este drama repetido era el anuncio de que alguno de los hijos estaba a punto de abandonar el hogar: el varón iba a ser internado en un centro residencial para el tratamiento de jóvenes perturbados, o la niña iba a ser colocada como pupila en una escuela de otro estado. En respuesta a este movimiento, el tercer acto consistía en la presentación del padre, que requería para sí la custodia de los hijos alegando incompetencia de la madre. Finalmente, en el cuarto acto la señora, con el apoyo de su psicoterapeuta y de su abogado, conseguía que los hijos siguieran viviendo con ella, prometiendo que las cosas iban a cambiar. Con esto, todos los protagonistas (madre, padre, hijos, terapeutas, autoridades estatales, abogados, juez) volvían a sus posiciones originales y quedaban a la espera de la siguiente representación del mismo drama.

Mi explicación del desorden y la suciedad en la casa, entonces, fue distinta de la de la terapeuta. A mis ojos, el desorden y la suciedad aparecían como un mensaje que la mujer estaba mandando a su marido, por vía de los hijos y de las autoridades: un mensaje que podría ser leído como "todavía te necesito", o como "acá te escupo" (o algo peor, teniendo en cuenta que el mensaje incluía excrementos). Para mí, entonces, el desorden y la suciedad no significaron una proyección de los objetos internos de la mujer, sino parte de un proceso de comunicación que involucraba a todos los miembros de la familia e incluso a personajes externos a la familia.

Mis recomendaciones como consultor incluyeron varios cambios en las formas de comunicación entre los integrantes de la familia. Sugerí que la madre y el padre tuvieran reuniones con un terapeuta mediador, por un lado para poder continuar su pelea sin involucrar a los hijos, y por otro lado para poder tomar decisiones conjuntas como padres acerca de temas de importancia para los hijos, tales como la escolaridad. Además sugerí un número limitado de sesiones familiares para la madre y los hijos, y para el padre y los hijos, para ayudar a cada uno de estos dos tríos a desarrollar su propia relación, independiente del conflicto entre el padre y la madre.

La tercera situación, o mejor dicho conjunto de situaciones, ocurrió en el contexto de mi trabajo como entrenador de terapeutas familiares. Estaba supervisando las sesiones de un grupo de terapeutas, previamente formados como psicodinámicos y ahora interesados en aprender

terapia familiar. Le sugerí a uno que alentara más proximidad entre un padre distante y su hijo. El terapeuta objetó: "Pero este es un hombre muy narcisista; es imposible obtener eso de él." A otro terapeuta lo insté a reposicionar a la madre en una posición jerárquicamente superior a la de los hijos, y me respondió: "Imposible; ella carece de suficiente autoestima." A un tercero lo alenté a que movilizara a un abuelo, como forma de romper algún impasse, y me contestó: "Ni modo; tiene defensas muy rígidas".

En cada una de estas situaciones, mis interlocutores y yo estamos operando con teorías explicativas de la conducta muy diversas. El psicoanalista ve las conductas de Willy como el punto final de una línea causal que arranca en el mundo interno de Willy: el objeto interno "enloquecedor" induce la alienación de Willy respecto de su familia, y eventualmente su suicidio. La psicoterapeuta del segundo ejemplo ve otra línea causal, que arranca con una realidad traumatizante para la mujer (el marido que la abandona), y que es procesada idiosincrásicamente por su mundo interno: el abandono produce una herida narcisista que eleva su ansiedad, y esto a su vez lleva a la proyección de sus objetos internos y al desorden en la casa. Mis supervisados de los tres últimos ejemplos explican las conductas de sus clientes por algún atributo psicológico, algo que el individuo es (narcisista), tiene (defensas rígidas) o no tiene (suficiente autoestima),

Yo en cambio no veo estas conductas como puntos finales de un proceso intrapsíquico. Las veo como un punto y seguido, un punto y aparte, un punto y coma, o quizás un paréntesis, dentro de una narrativa que incluye las contribuciones de otros autores. O, mas precisamente, las veo como dichos y gestos producidos por actores en una obra teatral, en respuesta a los dichos y gestos de otros actores y en conformidad con el argumento de la obra. El soliloquio enloquecedor y suicida de Willy es parte de un drama mas amplio que incluye entre otras cosas la actitud pasiva y evitadora de conflicto de Linda. Las conductas desordenadas y sucias de la señora del segundo ejemplo son parte de otro drama distinto, que incluye la movilización alarmada de los servicios de protección del menor, y la del padre. Similarmente, en los casos de mis supervisados, veo el distanciamiento del padre, la baja autoestima de la madre, y la rigidez del abuelo, como efectos de la estructura relacional de la familia, no como atributos de los sujetos.

Mis explicaciones no son solamente distintas de las de mis colegas, sino diametralmente opuestas. Cuando el psicoanalista dice que Willy no puede tener una relación en el plano de la realidad con Linda, porque está exclusivamente investido en su relación con Ben; cuando la psicoterapeuta dice que la dinámica objetal interna de la mujer determina el desorden en la casa y los consiguientes conflictos interrelacionales, y cuando los terapeutas en entrenamiento dicen que sus respectivos clientes poseen atributos que restringen sus posibilidades de relacionarse con otros miembros de la familia, todos ellos están dando expresión al supuesto, básico en un enfoque psicodinámico, de que el mundo interno del individuo organiza la vida relacional.

Por el contrario, cuando yo digo que Linda podría sacarlo a Willy de su delirio, que el diálogo entre los esposos separados podría resolver el problema del desorden, y en general que promover distintas formas de relacionarse es una forma de ayudar a que las personas superen sus respectivas limitaciones individuales, estoy expresando el supuesto diametralmente opuesto, básico en un enfoque interaccional, de que la vida relacional organiza los mundos internos de cada individuo participante.

Subyaciendo a estas diferencias entre mis colegas y yo, hay también una diferencia fundamental entre nuestras respectivas concepciones del individuo. Típicamente, el modelo psicodinámico representa al individuo como una entidad, topográficamente organizada en varios niveles de profundidad, interconectados de tal manera que los niveles mas profundos -el inconsciente, los objetos internos primitivos- determinan los niveles mas superficiales -tales como la conducta manifiesta en relación con otra gente. Gráficamente podemos representar a este individuo psicodinámico como una serie de círculos concéntricos, o tridimensionalmente como una cebolla, donde uno puede reconocer primero una superficie y luego estratos mas y

mas profundos que uno puede pelar hasta que llega al centro, el meollo de la cebolla (esto es, si la cebolla lo tuviera, que para desdicha de mi metáfora no lo tiene).

En este modelo topográfico, el centro o núcleo del individuo alberga su esencia, lo que el individuo "realmente" es, su self mas íntimo -su narcisismo, su dependencia, su autoestima, etc. Es un archivo histórico-evolutivo de los datos mas primitivos, donde un destino inexorable o casi inexorable esta inscripto.

El proyecto terapéutico que se corresponde con esta manera de ver a la gente requiere una excavación en profundidad, donde la eficacia del terapeuta depende de su capacidad para penetrar niveles cada vez mas profundos de la cebolla y, hasta donde ello sea posible, modificarlos. Por ejemplo, si el terapeuta imagina al meollo de la cebolla como formado por relaciones objetales internalizadas, intentará localizarlas y traerlas al plano de la conciencia de su paciente. Mientras tanto, el contexto relacional en el que el paciente está envuelto tendrá que esperar a que el terapeuta triunfe en su proyecto de rescate individual. .

La concepción sistémica del individuo es muy distinta, y para apreciarla es necesario dar un rodeo a través de Gregory Bateson y su distinción entre lo que llamó explicación positiva y explicación negativa.

La explicación positiva es la explicación por causas, a la que nos ha acostumbrado no solamente la tradición psicodinámica sino la epistemología dominante en el mundo occidental: A produce B, que a su vez produce C. El modelo de la cebolla es un modelo de explicación positiva: decir que las dinámicas intrapsíquicas profundas de Willy y de la paciente desordenada los llevan respectivamente a suicidarse y a ensuciar la casa, equivale a ofrecer una explicación positiva de esas conductas.

Noten que la explicación positiva puede incluir "factores externos". Por ejemplo, la psicoterapeuta de la mujer desordenada explicaba que el abandono del marido -un acontecimiento en el plano de la realidad externa- desencadenó la movilización de los objetos internos, lo cual a su vez determinó un aumento de ansiedad, la necesidad de proyectar, y en definitiva el desorden de la casa.

La explicación positiva puede incluso postular una sumatoria de factores internos y externos. Por ejemplo, uno puede decir: "Este chico se niega a ir a la escuela porque los chicos se burlan de él; los chicos se burlan porque es muy sensible y llora mucho; es muy sensible y llora mucho porque el padre se ha distanciado afectivamente de él; el padre se ha distanciado porque es incapaz de dar, y es incapaz de dar, un poco porque no ha resuelto sus propios sentimientos de haber sido privado de afecto durante su infancia, y otro poco porque su propia mujer lo sigue privando de afecto". Esta descripción puede parecer "sistémica", pero esto sería una ilusión producida por la inclusión de muchas variables de distinto orden; en realidad, un examen detenido de la frase muestra que se la puede reducir a una serie de relaciones de causa y efecto -es decir, a una explicación positiva.

Pero, ¿existe, acaso, otra forma posible de explicación? Si, y es precisamente lo que Gregory Bateson llamó la explicación negativa, La explicación negativa requiere un esfuerzo especial para superar nuestras formas de pensamiento habituales. No busca explicar por qué ocurre una cierta conducta sintomática, cuales son sus causas, sino que formula una pregunta muy extraña: ¿Por que no ocurrió ninguna de las otras conductas que podrían haber ocurrido? O, en las palabras del propio Bateson: "Uno considera cuales son las posibles alternativas que podrían haber ocurrido y entonces se pregunta por qué muchas de ellas no ocurrieron, de modo que el acontecimiento particular que realmente ocurrió era uno de los pocos que podrían haber ocurrido".

Por ejemplo, ese padre periférico podría, en lugar de distanciarse, haber pegado, acariciado, gritado, besado, guiñado un ojo, preguntado, rogado o acuchillado al hijo -todas ellas

conductas que han sido manifestadas por otros padres igualmente privados de afecto en su infancia. ¿Cómo se explica que ninguna de estas posibilidades haya ocurrido? ¿Cómo han sido todas ellas y muchas más descartadas, hasta que de todas las variedades de conducta que un padre puede desplegar en relación a su hijo, ha quedado solamente la de distanciarse? Y en el caso del chico, ¿por qué su sentimiento de inferioridad ha de significar que falte a la escuela, en lugar, por ejemplo, de que vaya y sufra un poquito?

Los terapeutas familiares buscan la respuesta a estas preguntas en las reglas del juego de convivencia que se da entre los miembros de la familia. Quizás todo comenzó cuando los padres de esta familia acordaron (tácita o expresamente) que él era solo bueno para traer el pan, y ella solo buena para entender a los niños. O bien que la figura del padre debía mantenerse en reserva, para ser usada solamente en situaciones de urgencia, cuando se necesitara una autoridad fuerte. Cualquiera de estos arreglos prohibiría todas las conductas alternativas del padre que mencione antes: pegar, acariciar, gritar, besar, guiñar un ojo, preguntar, rogar o acuchillar son incompatibles con servir solo para traer el pan, o con mantenerse como figura de reserva. Aquí, la distancia entre el padre y el hijo no se explica positivamente, como un efecto de las necesidades psicológicas del padre, sino negativamente, como la única forma de relación entre padre e hijo que pudo subsistir una vez que todas las otras formas posibles quedaron eliminadas.

Aplicada a la terapia familiar, la explicación negativa permite adoptar los siguientes supuestos:

1. Los miembros de una familia acomodan sus conductas mutuamente, de manera que el proceso de interacción familiar va estrechando el ámbito de conductas posibles para cada miembro.
2. Algunos de esos modos de interacción seleccionan conductas que resultan ser inadecuadas ("disfuncionales"); por ejemplo, un distanciamiento excesivo entre el padre y el hijo.
3. Las conductas suprimidas en este proceso de selección -por ejemplo, una conversación entre padre e hijo sobre temas de la escuela- no son absolutamente imposibles, sino que subsisten en estado latente, como alternativas quizás más adecuadas y saludables que podrían activarse dado un cambio en los modos de interacción.

Desde la óptica de la explicación negativa, el individuo no aparece como una cebolla cuyos estratos internos determinan sus conductas, sino como capaz, en principio, de una variedad prácticamente infinita de conductas. Cuando produce una de entre todas las posibles, no es porque un poderoso motor interno lo impulse, sino porque las alternativas están inhibidas o, en el lenguaje de Bateson, restringidas, sujetas a restricciones. Es un individuo cuya selección de conducta no viene decidida positivamente por una combinatoria de fuerzas que lo empujan, sino negativamente por las reglas del juego relacional, que bloquean todas las alternativas menos una. Es un Willy Loman que podría tener una conducta menos delirante, y que si no la tiene no es porque esté condenado por el destino de sus pulsiones a perseverar en un diálogo delirante con Ben, sino porque su contexto familiar no la permite.

En la literatura de terapia familiar, este modelo del individuo está implícito en el concepto de holon que utiliza Minuchin, un concepto que supera la antinomia entre individuo y contexto porque el individuo no existe fuera de su participación en diversos contextos (del cual, vale la pena recordar, la familia es solo uno, o, para ser más preciso, varios contextos, si se presta atención al énfasis que Minuchin pone sobre la participación del individuo en varios subsistemas dentro de la familia).

Gráficamente, este modelo de individuo puede ser representado no ya como una cebolla sino como una pizza, subdividida en porciones. Nuestro padre periférico tendría una tajada periférica, que es la que ve su familia, pero también dispondría de otras tajadas más

involucradas, que pueden estar latentes o quizás activas en otro contexto, por ejemplo el trabajo. Willy quizás sea 95% alucinado, del mismo modo que una pizza puede ser casi toda mozzarella y tener anchoas en una tajada muy delgadita, pero el 5% restante está disponible en forma latente, y si el contexto familiar operara de distinto modo, quizás ese 5% podría ser activado. El proyecto terapéutico correspondiente no requiere un terapeuta que bucee en las profundidades, sino uno que rote las pizzas, para que los individuos miembros de la familia puedan presentarse mutuamente las tajadas que habitualmente no se presentan- para que, por ejemplo, Linda pueda conectarse con los aspectos no psicóticos de Willy.

Teóricamente, quizás parezca fácil reconciliar estas oposiciones. Bastaría decir, como suelen decir las almas pacificadoras, que todos tenemos un poco de razón y que las cosas ocurren de ambas maneras. Que hay un individuo organizado por leyes psicológicas, y un contexto organizado por leyes de sistemas. Que individuo y contexto son aspectos parciales de la realidad, y que hay que considerar a ambos para obtener un panorama más completo. Que por qué no decir que el individuo organiza el contexto (explicación positiva) y también es organizado por este (explicación negativa). Por que no decir, por ejemplo, que la frustración irresuelta del padre se combina con las reglas del juego familiar para resultar en su distanciamiento -o que el mundo interno psicótico de Willy Loman se combina con las reglas de la familia Loman para resultar en su suicidio. Muchos terapeutas "integradores" dicen que los síntomas reflejan tanto una perturbación de la persona como una perturbación de la relación, y concluyen que es necesario tratarlos a ambos -en otras palabras, que debemos pensar en cebollas y pizzas al mismo tiempo.

El problema es que todo esto está muy bien en teoría, pero en la práctica clínica, en el intercambio con los pacientes, los dos tipos de explicación compiten por la atención del terapeuta, y lo alientan a intervenir en direcciones opuestas. En el caso del padre periférico, por ejemplo, un terapeuta de sistemas, operando sobre principios de explicación negativa, tratará de ayudar a que la familia desarrolle nuevos modos de interacción, más saludables en el sentido de que "autorizan", por así decir, una gama más amplia de conductas por parte de los miembros individuales. Por ejemplo, procurará que el padre pase más tiempo con el hijo. O, si se trata de una pareja que exhibe la tradicional pauta de relación donde una persona ocupa el rol de perseguidor y la otra el de perseguido, el terapeuta de sistemas quizás trate de revertir los roles, o de mover la relación a un plano distinto, donde los roles requeridos sean distintos.

Pero oigamos la objeción de un terapeuta "integrador": "Es posible conseguir que el padre pase más tiempo con el hijo y persuadir a la madre de que de espacio para ello, *pero si el padre está abrumado por un ansia frustrada de recibir atenciones y elogios, el cambio no será duradero*" (bastardillas agregadas). Y respecto de la pareja: "Si esta pauta está sustentada por la incapacidad del hombre para tolerar una relación íntima y por las necesidades insatisfechas de dependencia de la mujer, será muy difícil cambiarla, *a menos que se exploren los mundos internos de cada uno de los participantes*" (bastardillas agregadas).

¿Que nos está diciendo este autor? Que ciertas características de los individuos que integran parejas o familias -en este caso sus necesidades de dependencia, de atención, etc.,- pueden estar tan arraigadas que hagan imposible, estéril o poco duradero un cambio en las pautas de interacción, y que si el terapeuta piensa que sus pacientes adolecen de tales atributos fuertemente arraigados, entonces no debiera molestarse siquiera en intentar un cambio relacional. Deberá abandonar, al menos momentáneamente, la exploración y la intervención sobre cómo se relacionan entre sí los miembros de la pareja o de la familia, y concentrarse en cambio en establecer una relación de experto con cada uno por separado.

En otras palabras, en la práctica clínica el pensamiento psicodinámico tiende a inhibir - más que a integrarse con- las intervenciones sistémicas. Como recordarán, esto es precisamente lo que ocurrió con mis tres supervisados: el primero dijo que el narcisismo del padre le impedía, al terapeuta, intentar una aproximación entre padre e hijo; el segundo, que no

podía reposicionar jerárquicamente a la madre porque la autoestima de ella era muy baja; el tercero, que la rigidez defensiva del abuelo impedía intentar la ruptura de un impasse.

Sería maravilloso, por supuesto, que el terapeuta pudiera decidir con precisión cuándo pasar de un modo de pensamiento y acción sistémico, a uno psicodinámico. Esto es de hecho lo que proponen algunos terapeutas "integradores", por ejemplo Phillip Guerin. Guerin resuelve la cuestión diciendo que el terapeuta debe medir el "peso relativo" de los factores internos y externos que contribuyen al problema". En el caso del padre periférico, los "factores externos" podrían incluir la regla familiar que prescribe su distancia, y los "factores internos" podrían incluir sus ansias de atención y elogios. De acuerdo con Guerin, entonces, el terapeuta deberá diagnosticar si el padre es periférico mas bien porque ese es el lugar que le ha asignado la familia o mas bien porque sus ansias de atención y elogios permanecen insatisfechos, y en función de esta evaluación decidir si corresponde una intervención psicodinámica o una sistémica.

Esta posibilidad de sopesar factores es una bonita ilusión, apoyada en la creencia de que la psicoterapia es una ciencia y el terapeuta esta evaluando, conociendo, dos realidades objetivas -el individuo por un lado y el contexto por el otro. Que es una ilusión se constata tan pronto como uno intenta poner estos presuntos factores en la balanza. ¿Cómo podríamos hacer, por ejemplo, para determinar si e padre es periférico mas bien por efecto del juego sistémico o mas bien por sus propias necesidades internas? A esta altura espero que no quede nadie que crea en la posibilidad de aplicar procedimientos objetivos a esta cuestión, tales como tests o escalas. No, la forma en que de hecho llegaríamos a una u otra conclusión sería que si observamos que el problema no cede ante intervenciones orientadas a modificar el contexto relacional, entonces concluiremos que el peso de los factores individuales es mayor -o viceversa.

¿Pero qué quiere decir que el problema no cede ante intervenciones orientadas al contexto? Quiere decir, por ejemplo, que tras varias sesiones con el terapeuta A, trabajando en el contexto institucional M, con aplicación de las técnicas X, Y y Z, el problema sigue. Pero no sabemos que pasaría con una sesión mas, o con otro terapeuta, o en otro contexto institucional, o utilizando las técnicas R y S. Lo que si sabemos, aunque sea anecdóticamente, es que un terapeuta mas experto en el manejo de una terapia de sistemas puede alcanzar éxitos terapéuticos en situaciones que a otros terapeutas les parecerían muy "cargadas" con factores individuales. Y también, a la inversa, es justo decirlo, que un psicoanalista experto ha logrado curar a pacientes individuales, pese a que los agoreros sistémicos hubieran pronosticado una rápida recaída tan pronto el paciente se reintegrara a su contexto familiar.

O sea que la respuesta a la pregunta, "¿Cuál es el peso relativo de los factores individuales y contextuales?" no está escrita en una realidad objetiva que podamos leer, sino que la va escribiendo el terapeuta a medida que va interviniendo. Y puesto que las intervenciones del terapeuta están organizadas por su manera de recortar la realidad, tenemos que concluir que los pesos relativos vienen decididos de antemano por el terapeuta. Un terapeuta acostumbrado a pensar en cebollas va a ver cebollas por todas partes y, puesto a elegir, tenderá a concluir que el peso relativo de los factores internos es mayor que el peso del contexto y que ningún otro cambio será posible o relevante mientras la cebolla no cambie. A la inversa, un terapeuta entrenado en ver líneas, círculos y flechitas tendera a ver a los miembros individuales de la familia como otras tantas pizzas con muchas tajadas potencialmente disponibles, y a buscar el cambio individual por vía del cambio relacional. El primer terapeuta dirá: "Es un narcisista". El segundo dirá: "Este contexto solo le permite ser narcisista".

Queda, por supuesto, el terapeuta vacilante, el que no puede o no quiere decidir entre la imagen del individuo como cebolla o como pizza, o entre creer mas en la fuerza de la dinámica psíquica o en la fuerza del contexto. Es posible, por supuesto, flirtear y no casarse ni con la psicoterapia ni con la terapia de sistemas, o casarse con ambas y entrar en una relación bigama. Pero el flirt y la bigamia, aunque quizás satisfagan al flirteador y al bigamo, no son una integración.